

Jorge Nawrath recuerda su inicio como escritor

Se reencuentra con los libros y con las letras, en los días de su niñez, y sus encuentros con maestros y personajes que marcaron hitos en su vida de escritor, fueron recordados por el abigado Jorge Nawrath Calderón, en el discurso que pronunció el sábado 11 de noviembre, al ingresar como Miembro Correspondiente por Rancagua, en la Academia Chilena de la Lengua.

La solemne ceremonia realizada en el Auditorio de la Municipalidad de Rancagua, sobre la cual ya dimos detalles en estas páginas, se abrió con palabras del Director de la Academia don Alfredo Matos Oliver, y continuó con el discurso de recepción que estuvo a cargo del Académico don Héctor González Valenzuela, cuyo texto ya fue publicado en este diario.

Finalmente, don Jorge Nawrath pronunció el discurso que insertamos en esta página.

PALABRAS DE DON JORGE NAWRATH NUEVO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Hace algún tiempo, con ocasión de haberse concedido a la Corporación Cultural de Rancagua el premio "Alonso de Ercilla", debí dirigirme a ustedes para agradecer esa distinción. Tal vez pude imaginar entonces (utilizo el vocablo imaginar en su acepción de presumir y éste último en todas sus acepciones), tal vez pude imaginar, reitero, que podría un día repoblar esa exportación inquietante, pero no llegué a contarla. Esta designación como miembro correspondiente de la Academia Chilena me la entregó que me ha sido acordada me resulta, pues, increíblemente increíble. Pero, enfrentado a la decisión a parecer irrevocable, debo quizá atribuirle, más que a mis méritos peculiares (otra vez en todas sus acepciones), a hechos externos, como a la circunstancia de haber dirigido desde su fundación, hace tres años, la Corporación Cultural de esta ciudad y su "Concurso Literario OSCAR CASTRO", y a la generosidad de algunos amigos de entre ustedes, que promovieron mi nombre quien sabe con qué inscribibles propósitos. Cualquiera sea la fuente de su origen, sin embargo, este desproporcionado honor corrobora el deseo de quien ha amado el idioma como su más preciada posesión, con todo, irregular e imperfecta.

Desde los días de la infancia, hace ya una barbaridad de años, las palabras produjeron en el niño que fui y que aún sigo a la espaldas, el empujamiento de una suerte de magia. Flujan de la boca de la abuela cuarenta y dos, antes del descubrimiento del deslumbrante de la lectura; cuando se transformaron en caracteres, poblaron las páginas de El Peneca, la revista que todos ustedes, supongo, esperaron con ansias como el tesoro que talan los días viejos, y en cuyo "Hincón de los Poetas" se habrán iniciado - ¡que duda cabe! - muchos de los nuestros cuyas raíces en ella sería menester seguir. El primer libro, prestado por el maestro de la escuela, con cruces, don Gilberto Eguía, a quien rindo emocionado mi recuerdo, narraba la historia de un niño lejano que volaba con el lomo de los ánsares, y cuyo itinerario siguió con el vértigo provocado por la doble altura del vuelo y la de las palabras. Ese mismo maestro nos enseñó las primeras poesías, y la muchedumbre rústica del aula supo que, además de un lazo, el idioma era una caña de música. Varios de esos primeros poemas eran también de una maestra. En la casa contigua a la mía, sobre la fachada de adobe descaecados, un cuartel rezaba: "En esta casa nació Gabriela Mistral". En el huerto, y en los vecinos en los que pululó mi infancia, entrábamos a recoger nuestro botín de frutas por los pasos secretos que la niñez halla en los muros. Un poeta a quien siempre esodó - no sé porque - con el silencio, decía que el sueño era dormirse como se duerme un niño, y apagarse una noche como muere una estrella, que ardía mil años de años y que nadie la vio. Era también un

hombre de esos delgados valles y nos hablaba de algo que conocíamos de sobre: el sueño y las estrellas que tachonaban el cielo sobrecolector de El Equi. Carlos Moncayo, hasta hoy, permanece en la memoria atado indebidamente, también, a ese cielo.

La Navidad de los diez años me trajo el regalo que más he agradecido en la vida, aun cuando al descubrirlo sobre mis zapatos sufrí la desilusión de no encontrar en ellos un juguete, "Las Cien Más Bellas Poesías para Hectar", recopiladas por María Romero, probablemente más conocida por haber dirigido durante años la revista Ercilla, "ese pozo de iniquidad a que se refiere el sacerdote de Alfonso Calderón". Ese compendio se transformó en el libro de creaciones de todos los días. Entre sus versos había unos que se ordenaban bajo un título desmesurado: "Breve Lelantía Por Algunos Inmigrantes Muertos En Esta Tierra", de un autor cuyo nombre evocaba, al menos así me lo parecía, distantes brumas: Jacobo Darica. No pude columbrar que con el tiempo me escribiría casi como a un hijo y que de su mano conocería a escritoras situadas en la región del mito, como Francisco Colchane y Nicomedes Guzmán. El fue quien me impulsó a establecer si era legítima la emoción de la abuela, quien el leíste el capítulo "El Hecendado", de "Cuando era Muchacho", el libro más importante de González Vera, se sintió reconocida en él y reconoció también a su autor, el hijo de la mujer que oficiaba de su lavandera y al cual llamaba "el Buen Grillo". En las orillas del Mapocho, vocando sus obras junto a Manuel Rojas, le conté mi historia. Algo como el estupor lo inmovilizó por un instante y luego, visiblemente, me preguntó: ¿Cómo está la señora Blanca? ¿Dónde está? La señora Blanca había ya muerto, envuelta en las nieblas de sus largos años. Se oyo, y en el hombre de infancia iluminada que fue José Santos González Vera, creo que vi apagarse, separada y destela, una secreta lámpara.

El liceo era puerto mayor e inalcanzable para la casi totalidad de mis condiscípulos, cuyo futuro cierto era volver a los surcos o incorporarse como obreros a las faenas mineras del Norte Grande. La Escuela Normal de Copiapó y la Escuela de Minas de La Serena, lograban rescatar a algunos del naufragio. Los menos lográbamos arribar a la enseñanza secundaria, que constituía el máximo horizonte visible. Por vocación familiar estaba destinado a incorporarme a ella, y durante los seis años siguientes me cobijé el centenario Liceo de Hombres de La Serena. Cuando iniciáramos el quinto año de "Humanidades" - recordemos que no se conocía la actual enseñanza media, que exige una superior bastante improbable - se incorporó al plantel docente un joven profesor de castellano, apenas

mayor que sus alumnos, seguido a un paso por la fama de terribles condiciones boxísticas. Alfonso Calderón nunca hizo gala de sus dotes deportivas, pero, en cambio, si exhibió a mares su pasión por la literatura, contagiando a muchas de mandriles que dedicaron parte importante de sus horas a hurgar en espesos textos. El entusiasmo llevó incluso a sus huéspedes a invadir la Estación de Ferrocarriles, uno tanto en que se anunció la llegada de El Poeta, quien no acudió a la cita. Le debo a Alfonso la lectura sistemática, el camino sin retorno y la amistad que ha envejecido por nosotros.

Los años de la universidad no aportaron casi nada al misero bagaje. Deseché las clases de Jorge Milos, en el quinto año de derecho, por aliviar la carga cuando ésta ya pasaba. Jamás he dejado de arrepentirme de aquella decisión. Tampoco supo que, muy adelante, las sendas de algún modo se entrecruzarían y disfrutaría de su calido eflejo en la parcela de Alfo Jahuel, durante cuyas noches repasábamos las "Escenas Inéditas de Alicia en el País de las Maravillas", libro póstumo que me supo mejor que el original y que sólo debían conocer los que han cruzado del otro lado del espejo. Egresé con una licenciatura en las manos y en el futuro la promesa de un título en llegar. Abandono entre la necesidad de sustentar la vida y los llamados de una vocación valedora, doy por seguro que ya no arribaré a ningún puerto y seguire a la deriva, convertido en lo Flauto llamó "merodeador literario", o en un nadador de los ciancos, que parece ser lo que soy. Ello me ha valido, en todo caso, la confianza de esta ciudad en la que andé, tal vez definitivamente, para entregarme la conducción de la Corporación Cultural, fundada cuando advertíamos un estado de somnolencia ciudadana amparado en la afirmación mendaz de que la capital proporcionaba, a corta distancia, la satisfacción de todas las necesidades de índole espiritual. Con la coautoría entusiasta del alcalde de la época, Mario Barrientos Ossa, dimos forma a la nueva organización dotándola de una personalidad múltiple, cuyo rasgo distintivo, sin embargo, aquel que concluiría por identificarla, fue el "Concurso Literario Oscar Castro", concebido con carácter nacional para premiar las obras de creación en los cinco grandes géneros convenidos como clasificatorios del quehacer literario: la poesía, el cuento, la dramaturgia, el ensayo y la novela, esta última limitada a lo que, tal vez por pura comodidad, se ha dado en llamar "novela corta". El primer género convocado fue el de poesía, y se exigieron textos que conformaran una obra de algún aliento. Más de un millar de trabajos de autores - sólo se admitía uno por autor - concursaron, y el primer premio lo obtuvo un joven poeta, quien con los años alcanzaría otras distinciones hasta hacerse un lugar en la nueva poesía: José María Mamet. El jurado estuvo compuesto por los escritores Roque Este-

Palabras de don Jorge Nawrath nuevo académico correspondiente [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Palabras de don Jorge Nawrath nuevo académico correspondiente. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile